

EL NÚMERO DE LAS COPAS

Primera copa de vino. El hombre está apurado y se entrega decidido a sus ansias de beber. Sus entrenadas fauces hacen coincidir el ecuador de ambas bocas y casi desesperadas, abren un dique salvador de un cuerpo y un espíritu secos y temblorosos. Y el hombre, agradecido.

La segunda copa de vino no tardó en llegar, pues la primera fue un suspiro. Esta vuelta hicieron falta dos, tres o cuatro sorbos, según la sed y la simbiosis que el hombre haya ido forjando con el vino. El estupor con que llegó a la barra ha cedido y le permite a sus ojos, hace un momento ciegos o dirigidos a un solo fin, interesarse por los otros. Pregunta breve, respuesta amigable, una conversación que fluye en la barra y una vez más, el vino y su amigable nobleza amalgamando a los hombres.

La tercera copa de vino le permite disfrutar todo lo que puede llegar a gozar un esclavo cuando le aflojan el grillete, pues si bien su sed ya no duele, sabe que está y que seguirá estando. Sus sentimientos afloran amistosos, alegres, atentos a su interlocutor de turno a quien dirá cosas ocurrentes y graciosas, y habrá risas en los cercanos, sonrisas en los distantes y la cara del tendero viendo por enésima ocasión esa eterna comedia de destellos, gracias y monadas.

Cuarta copa de vino. Quizá el tendero no es el mismo, ni los otros parroquianos. De alguna forma nuestro bebedor tampoco es el mismo porque los años lo han cambiado. Los sentimientos no llegan tan fluidos a los demás, de algún modo se han ido haciendo inconfesables y ya no son tan livianos. Una nube los hace tropezar por dentro de una frente que quisiera ser alta pero por alguna razón, más veces de las que quisiera, ha tenido que morder el polvo. Más bien ahora son zarpazos, ni tan elocuentes ni tan frecuentes, los que provienen del rencor, del dolor y de ciertas penas que queriendo ser ahogadas se han hecho más fuertes. Porque detrás de ese vaso y de esa cara desencajada hay un hombre que se defiende contra las adversidades de la vida y como un tigre, no entiende que el mundo es para todos.

Quinta copa de vino. Ya no estamos en la tienda ni en la mocedad. Sin requisito de compañía para alegrarla o para insultarla, el cerdo en su chiquero casi como un muerto en su cajón va devorándose a sí mismo. La batalla tiene un claro vencedor pero todavía no culmina y éste disfruta su último ensañamiento en el hedor, en la resignación y en la quietud del vencido. Porque el mozo gracioso de aquellos años felices hoy se ha forjado un cerco impenetrable junto a su enemigo, es ciego, sordo y mudo, y como en todo sacrificio, bebe sus últimas copas.